

LA INFLUENCIA DEL KRAUSISMO EN LA POLÍTICA ECONÓMICA ESPAÑOLA. EL CASO DE ADOLFO ÁLVAREZ BUYLLA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes*

No se puede prescindir del krausismo para comprender toda una serie de realidades de la política económica española. Expongo dos evidentes. La primera, que la política social que comienza —dejo a un lado la anécdota de su inicial denominación— es la Comisión de Reformas Sociales que no se explica sin la conjunción del pensamiento que procede de la doctrina social de la Iglesia, de la influencia que en el partido conservador tenía Alemania a través de la *Verein für Sozialpolitik*, tan unida a la acción de Bismarck, a alguna interpretación —desde luego muy elemental— del pensamiento marxista, y desde luego, a doctrinas derivadas del krausismo. La otra consecuencia fue una política económica de cierre de nuestras actividades productivas, en polémica con otros krausistas que defendían el libre comercio. Destaco hoy que, precisamente por la importante presencia que tiene entre nosotros el doctor Solanet que en conversación con Raúl Prebisch, este admitía que el mensaje krausista llegado al ámbito hispanoamericano tuvo influencia en la política económica y en la social, y que quizá pudiese haber creado una especie de preludio para la aceptación mucho más amplia del pensamiento económico denominado “estructuralismo económico latinoamericano”.

Entre los que propagaron este pensamiento derivado del krausismo en España hubo uno destacado, que precisamente ocupó la Medalla 29 de esta Real Academia desde 1916 a 1927. Se trata de Álvarez Buylla. Fue catedrático de la Universidad de Oviedo, dentro de ese grupo que la hizo famosa en la

* Sesión del día 27 de enero de 2015

etapa inicial del siglo XX. Explicaba Economía Política y Hacienda Pública en la Facultad de Derecho de ella. Su sucesor fue Isaac Galcerán Cifuentes, desde 1915. Buylla se había trasladado a la Universidad Central de Madrid, pero debo señalar que su sucesor en la de Oviedo, el profesor Galcerán a partir de abril de 1915 acabo siguiendo su mensaje. La vida universitaria de Galcerán, contemplada hoy, es verdaderamente curiosa como se expone en el artículo que Rafael Anes publicó en el Real Instituto de Estudios Asturianos, porque tan pronto enseñaba metafísica como derecho mercantil. Sin embargo por lo que se refiere a economía y en lo que de él queda no encontramos más que servidumbres del mensaje de Buylla. Galcerán ocupó la cátedra de economía dentro del grupo que por lo que he dicho se ha denominado de la “vieja escuela”. Fue el último de ella, porque se convirtió en profesor de economía justamente cuando llegaban a ocupar estas cátedras Flores de Lemus, Bernis y Zumalacárregui. Galcerán mas que el pensamiento krausista siguió a Buylla en su historicismo y, en otro sentido, en su talante. Aunque en la biografía de Rafael Anes no se destaca, conviene señalar que siguió el mensaje del grupo cuando el gobierno de Primo de Rivera decidió dar categoría de universidad a los centros de Deusto y El Escorial. Primo de Rivera le destituyó y cerro la universidad de Oviedo porque se había solidarizado plenamente con él. Volvería, en 1930 a ocupar la cátedra. Precisamente al jubilarse Galcerán y dejar la cátedra vacante, Valentín Andrés Álvarez decidió optar a ese puesto. Ya esa cátedra se vinculaba a través de ese discípulo de Flores de Lemus con la “nueva escuela”.

Buylla, a través de Galcerán, pasó a tener una influencia histórica. He aquí, como me ha relatado Pedro Saiz Rodríguez, que estas ideas llegaron a Franco. Este, cuando fue comandante en el regimiento de el Príncipe, en Oviedo, acudía a una tertulia de profesores vinculado, precisamente, al grupo de Oviedo relacionado con el krausismo, e impulsado por él, asistía a ciertos cursos como oyente en la Facultad de Derecho, y concretamente a la cátedra de Galcerán. Estas ideas de Buylla-Galcerán quizá explican ciertas actitudes de Franco ante los problemas económicos, incluyendo su famoso debate sobre el tipo de cambio de la peseta frente a la actitud de Calvo Sotelo. En una reunión en Gijón que presidía Miguel Primo de Rivera.

De ahí que Buylla, por todas esas consecuencias, merece la pena investigarse en relación con el krausismo y la economía. Y en ese sentido, su impacto aún continúa. Basta, en este sentido, seguir el mensaje básico de la “*Revista Cauces (Cuadernos del Consejo Económico y Social)*” y las tomas de posición del actual presidente de ese consejo, Marcos Peña, con afirmaciones que parecen prácticamente semejantes a las que sostenía Álvarez Buylla. Por otro lado después de la notable investigación efectuada por José Luís Malo Guillén en su memoria para conseguir el grado de doctor, *Pensamiento económico y filosofía social en la España del siglo XIX: Liberalismo, krausismo y reformas sociales*, es obligado aceptar que lo que tuvo una mayor influencia en la eco-

nomía española, junto con el intervencionismo conservador, fue el que Malo Guillén denomina krausismo económico, que en el fondo era una especie de liberalismo reformista, con evidentes gotas inglesas a través de Azcárate. Pero quedarnos ahí tampoco conduce a ningún lado. Lo que existió fue un desconocimiento grande del neoclasicismo; una crítica al clasicismo; una confusa identificación del neohistoricismo y otra confusión paralela respecto al socialismo de cátedra; un pánico cerval ante el socialismo revolucionario, con una colosal ignorancia de Marx; por supuesto, un explorar, de la mano de Ahrens casi siempre, las posibilidades de lograr algún tipo de sincretismo entre Krause y los clásicos; finalmente, una serie de debates importantes entre todos estos economistas, que sobre todo buscan y encuentran ya cosas interesantes, como fue la escuela austríaca, sin precisar con claridad su papel en la batalla del método, o ya la base para que florezcan futuras situaciones originales, como el socialismo humanista de Besteiro y Fernando de los Ríos.

Dentro de esa amalgama que había surgido en el mundo krausista existen, a mi juicio, diversos núcleos, un tanto específicos, que pueden comunicar alguna vertebración a esta consideración conjunta; desde luego el movimiento o grupo de Oviedo, que nos va a explicar algo de la complejidad del krausismo español.

Quizá hubiera sido imposible el movimiento de Oviedo sin la capitánía de señorero prestigio que sobre él ejerció Leopoldo Alas, Clarín, y sin la labor continua e incansable de Adolfo Álvarez Buylla. Como, en realidad, éste fue el que manejaba y organizaba todo, viene bien señalar el juicio que Buylla efectuó sobre el método científico empujado por Clarín al enfrentarse con los problemas económicos, con motivo del *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1901-1902 por el doctor D. Adolfo a. Buylla y G. Alegre, decano de la Facultad de Derecho*, en la Universidad de Oviedo. Allí dijo sobre Alas: “Sus amores por el idealismo, su tendencia a elevarse al principio y razón de las cosas, el persistente empleo que para llegar al fundamento racional del conocimiento y para obtener el encadenamiento necesario de las verdades derivadas y con el punto de partida, hacia el procedimiento deductivo, no mermaron en él, habituado como estuvo toda la vida a la autospección, las disposiciones para la observación sagaz de la fenomenalidad interna y externa, ni menos para la aplicación del método inductivo” (pp. 13-14).

Era lógica, por tanto, la satisfacción de Buylla cuando contempla tanto el trabajo que Alas efectuó sobre Andalucía, en unos momentos de evidente conmoción espartaquista, y sobre Gijón, en los primeros pasos de las reivindicaciones obreras. Por eso agrega Buylla que, tanto en uno como en otro, Alas “se reveló como sociólogo notable por la riqueza y la oportunidad de los datos que reunió”, y por las especiales facultades de información, que demuestran una vez más cómo capacita para tratar esta clase de asuntos la seria prepara-

ción filosófica, de la que proviene sin duda alguna, al par que el acabado conocimiento de los móviles de la conducta humana, el acierto en la arbitración de las soluciones más convenientes para el problema que es hoy objeto de la preocupación general; soluciones en las que entraba por mucho aquel sentimentalismo reflexivo, aquel pensar con el corazón [...] que ponía [...] Alas en todas sus cosas” (pp. 14-15).

Ésa era la base del reformismo social. En ese sentido, Buylla recalca que Alas consideraba que el porvenir del mundo se tornaba sombrío porque la educación existente conducía directamente al elogio de la fuerza, en estos párrafos: “De la fuerza de las armas y de la fuerza del capital, las más veces empleada en tales condiciones de violencia y con tan grande injusticia que explicaba, ya que no justifique, la apelación a esas mismas fuerzas de parte de los que sufren sus terribles efectos [lo que provocaba] el triunfo de la holgazanería; la victoria de la inmoralidad; los buenos ignorados o perseguidos; los hábiles ocupando los primeros puestos divinizando el becerro de oro; secos los corazones; yertas las conciencias” (pp. 24-25).

De esta manera, el movimiento de Oviedo comenzó centrando el reformismo social en una acción educadora que tenía enlaces con el institucionismo, y donde se pretendían conseguir objetivos no excesivamente ambiciosos. Buylla en este texto decía: “Los pudientes, los ricos, tienen perfectamente marcada su función en esta trascendental labor social. Si los desheredados de la fortuna deben abrirse a la cultura, si los intelectuales deben poner todo lo que son y valen al servicio de la educación popular, los ricos en nuestra España deben pensar que tienen una alta obligación que realizar, y es la de acudir con su dinero a facilitar la misión de los educadores del pueblo [...] imiten el ejemplo de los potentados norteamericanos, ingleses y griegos [*sic*], ya que no por caridad, por egoísmo, y obrando así, al par que sientan la satisfacción interior que proporciona el hacer bien, podrán vivir más tranquilos en el goce de sus riquezas” (pp. 48-49).

Bien poco más se puede encontrar por aquí, pues Alas, que en su juventud había tenido alguna influencia krausista, muy probablemente de la mano de Giner de los Ríos, y que abominaba de la escolástica, a la que califica de “momia”, después tendrá una actitud un tanto distante respecto al krausismo, al escribir que había arraigado entre nosotros “cuando ya por el mundo corrían con más crédito que los sistemas de los grandes filósofos idealistas de Alemania, las derivaciones de la izquierda hegeliana y el positivismo francés e inglés”. Después, el krausismo recibió la oposición, sin la que “podía degenerar en dogmatismo de secta intolerable”, de corrientes “tales como el monismo, el spencerismo, el darwinismo...”. De ese eclecticismo evidente se desprendía, según Sainz Rodríguez, su “espíritu reposado, sereno, enemigo de las estridencias, de los términos extremos, de las novedades atrevidas y de relumbrón”. De

algún modo, se podía sospechar que era ésa la convicción íntima de Alas desde sus primeros tiempos, aparentemente relacionados con el krausismo, pues en su tesis doctoral se puede leer: “Como reacción, fue el idealismo más lejos de lo que debiera, y al prurito de observación empírica sucedió el prurito de abstracción ideal, siendo fruto de esta exasperación el presente estado de la filosofía, estado de decadencia [...] momento de descrédito, de innegable debilidad, y bien pudiera declararse de anarquía Alas se llamaba a sí mismo “idealista de cátedra”.

Pasemos al papel central de Álvarez Buylla, nació en Oviedo el 2 de diciembre de 1850. Cursó la segunda enseñanza en el Instituto de esta ciudad de 1860 a 1865. En la Universidad de Oviedo logró los grados de bachiller y licenciado en derecho, de 1866 a 1870, lo que simultaneó con el bachiller en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad.

En los cursos de 1871 a 1873 realizó una notable tarea de culminación de estos estudios con los de doctorado en derecho en la Universidad Central, de licenciatura en filosofía y letras en la Universidad de Salamanca, seguida también por los de doctorado en filosofía y letras en la Universidad Central. Se vinculó de momento a la Universidad de Oviedo como auxiliar del preparatorio de la Facultad de Derecho, cubriendo la asignatura de literatura latina, lo que prueba su buena formación clásica hasta que en 1877 gana, por oposición, la cátedra de Economía Política y Estadística de la Universidad de Valladolid, que permuta inmediatamente con Jorge Ledesma, un economista liberal, admirador de Bastiat, que era entonces el catedrático titular de Oviedo, para pasar a la del mismo nombre en la Universidad de Oviedo. Buylla hubo de pactar el mantener como texto el libro de Carreras y González.

Para que comprendamos lo que supuso su llegada, a los veintisiete años, como catedrático a la Universidad de Oviedo, hemos de subrayar que, a pesar de su juventud, Buylla era ya entonces, en 1877, casi un veterano por lo que se refiere a la preocupación por los problemas obreros. Fijémonos que muy poco después de obtener el título de bachiller se había convertido en uno de los fundadores en Oviedo del Fomento de las Artes, rama de una entidad en la que, como he expuesto en otra aportación se gesta en el siglo XIX la base doctrinal de la izquierda española.

Surge, pues, de esta entidad un mensaje que recoge inmediatamente la homónima ovetense. Rafael Altamira señalará en ese sentido que Buylla impartió en el Fomento de las Artes de Oviedo, “con ese entusiasmo cuya falta hace infructuosa la labor de tantos profesionales docentes, clases de primera enseñanza para obreros adultos. Ese profesorado, no obstante su entrada en la universidad años después, lo continuó Buylla por todo el tiempo de su residencia en Asturias, en el mencionado Fomento, en la Escuela Ovetense de Artes y

Oficios (de la que fue secretario y *alma mater* muchos años, en unión de su deudo don José G. Alegre, patriarca de toda empresa democrática en aquella ciudad), y en los círculos republicanos donde se sostenían escuelas o se organizaban conferencias y cursos”.

También se había convertido en presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Oviedo. Todo esto constituye un antecedente de la Extensión Universitaria de la Universidad de Oviedo.

También comenzó Álvarez Buylla su actividad como periodista, con artículos en *El Eco de Asturias*, y desde sus primeros pasos en la universidad ovetense, aún como auxiliar de literatura latina, quedó bien claro que en ella aparecía una persona con evidente vocación docente y que esa persona era krausista convencido.

El problema del krausismo, casi militante, de Buylla fue importante. Se había zambullido en esta corriente filosófica con motivo de los cursos de doctorado en la Universidad Central. Buylla había trabajado en ellos con Francisco Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcárate, a los que consideraba sus maestros. Ahí fue donde su tradición personal, que venía de un republicanismo que precisamente por estos años llegaba al poder, encontró todo un marco de referencias filosóficas que consideró perfectamente congruente.

Creo que fue por esas fechas cuando Buylla pudo percibir la pugna que, por entonces, existía en el seno de los economistas y sociólogos de la Institución Libre de Enseñanza. Por una parte, estaban todos los economistas liberales, que enlazaban perfectamente con el pensamiento clásico, quienes habían encontrado en la Institución un cómodo albergue intelectual. Los nombres son numerosos, pero se distinguían Echegaray, en alguna medida, y muchísimo Laureano Figuerola y, sobre todo, Gabriel Rodríguez. Muy posiblemente por su influencia, Giner de los Ríos movió el krausismo hacia la defensa de esos puntos de vista.

Parece bastante claro, como ya se ha señalado, que el profesor Buylla fue quien articuló un fuerte grupo krausista en Oviedo al poco tiempo de lograr la cátedra de economía, al que logra incorporar, al poco tiempo, a Clarín. Existían dos anticipos en Oviedo de la llegada, ahora perfectamente trabada, del krausismo. El primero es lo ya señalado en relación de Piernas Hurtado, sobre lo que no voy a insistir. El segundo se debía a un joven profesor de derecho político, Rafael Ureña, que, a través de Ahrens y Giner de los Ríos, había llegado por su cuenta a profesar esa doctrina. A ellos se unió otro discípulo de Giner, aunque católico prácticamente, Félix Pío de Aramburu y Zuloaga, catedrático de derecho penal.

Las reticencias aparecieron muy pronto. Un discípulo de Posada, del que no da nombre, pero que éste describe como “gran lector de Donoso, de Balmes, de Aparisi, militante católico desde muy joven en la escisión de los llamados “mestizos” —o “sacristanes grises”, como los llamó Clarín— provocada o dirigida por el orador de las “honradas masas”, Alejandro Pidal”, y al que califica, además, como “distinguido “ganapremios” universitarios”, le dijo al entonces joven Posada: “ Ten cuidado. Adolfo buylla es un krausista y el krausismo, según la Iglesia, es doctrina perniciosa; es una doctrina panteísta y eso basta para rechazarla”.

Al cabo de poco tiempo, sin embargo, el grupo estaba consolidado. Lo formaban los catedráticos Alas, Altamira, Aramburu, Buylla, Posada y Sela, y gozaba de un sólido apoyo en los otros conjuntos de catedráticos de Oviedo. Un profesor, Melquíades Álvarez, formaba parte también del grupo. Esa unión, exteriorizada después en las fiestas del centenario de esa universidad, también explica la trascendencia nacional que acabó por tener el movimiento ovetense. Como ya he señalado varias veces, el papel de Buylla fue esencial desde el puesto de secretario de la Facultad de Derecho (1879-1881) y decano de ésta desde 1889 hasta su traslado a Madrid en 1903.

Tras todo esto se encontraba Giner de los Ríos. Seguía a los protagonistas muy de cerca y daba instrucciones muy concretas sobre las actividades que debían tener sus miembros. Los incitó a colaborar con la Iglesia, y concretamente con el obispo fray Ramón Martínez Vigil, del que llegó a decir que si “ se aventurara por el camino de Ireland, Klein, etc., por poco que sea, será muy de alabar [...] Hay que ayudarle (bajo las condiciones razonables que ustedes dicen) con toda el alma”, O bien, a veces les regaña, como en el asunto de la polémica que emprendieron Buylla, Posada y Sela en *El Liberal contra El Siglo Futuro*. O bien se solaza con lo que se hace en Oviedo. Además de otras citas que en otras ocasiones he efectuado, puede agregarse ésta que aparece en Francisco Giner de los Ríos, *La reforma de la enseñanza del derecho*: “La más pequeña de nuestras universidades parece dispuesta a iniciar un movimiento que sacuda al marasmo de nuestra enseñanza del derecho [...] Nada tendría de anómalo que tocarse a la Universidad de Oviedo despertar la conciencia de sus hermanos, abriendo camino a la reforma pedagógica”.

Buylla y Sela eran los más republicanos. Junto con Posada, sostuvieron durante un año un periódico diario llamado *La República*. El periódico ovetense, *La Cruz de la Victoria* los llamaba en sus polémicas “la trípode pedagógica”. Pero se sentía todo este grupo como un todo perfectamente concertado, que incluso conseguía que se designase senador por la Universidad de Oviedo a Marcelino Menéndez Pelayo, frente al barón de Covadonga, al que apoyaba el caciquismo de Alejandro Pidal.

A Buylla hay que entenderlo, pues, tanto en su aspecto individual —era un profesor preocupado por la reforma social—, como en el colectivo, en cuanto miembro del movimiento de Oviedo, rodeado de multitud de detractores. Se hallaban éstos ya en medios eclesiásticos o en otros más o menos relacionados con la Iglesia —como podía ser el citado periódico *La Cruz de la Victoria*—, ya en la propia universidad. Según Posada, el jefe de la oposición académica contra ellos fue el famoso rector Canella, quien “vivía y reinaba en el grupo ovetense más pueblerino o puebleruco [...] en el grupo de mandones, fracasados, murmuradores y de atormentados de trastienda, que veían con profundo desagrado, cuando no con estúpida indignación, el avance inevitable de la preponderancia de los Alas, Buylla, Aramburu...”.

Con estas reacciones, el grupo se cohesionaba cada vez más bajo la capitania de Buylla y Clarín. Éste llegó a decir a Aramburu, según transcribe González Posada: “No hay otro remedio, Félix; tenemos que ser duros y enseñar las uñas para defendernos”.

Siempre me interesó saber si Buylla había llegado a conocer a fondo el movimiento de los economistas alemanes. Creo que no. Acumuló intuición, noticias recogidas acá y acullá, y textos en francés e italiano. No parece haber conocido bien el alemán. González Posada nos contará: “En su casa nos reuníamos para leer alemán y durante una larga temporada para acabar de dominarlo con la ayuda de un luxemburgués, hijo, según decía, de un sabio profesor y poeta, que dio su cuerpo en el Hospital Provincial de Oviedo, después de haber peleado en Egipto, en Méjico y en Argel, donde firmó, como uno de tantos, en la Legión Extranjera”.

En Oviedo es donde, con este múltiple bagaje, Buylla se pronunciará sobre el socialismo de cátedra. Antes se había producido una cierta agitación en el mundo del institucionismo. Gumersindo de Azcárate había tenido algún tipo de conocimiento, a través de Ahrens, de las ideas germanas del socialismo de cátedra, del nacionalismo económico y de las posturas epistemológicas del empirismo historicista. Alarmado evidentemente ante ello, Gabriel Rodríguez, que era el polemista más conocido del institucionismo y que consideraba que no existía otra ciencia económica que la que emanaba de la escuela clásica, decide dar la voz de alarma. Emplea para ello la tribuna de la propia Institución Libre de Enseñanza, situada entonces en Madrid, en la calle de Esparteros 9, principal. En ella pronuncia el 3 de febrero de 1878 su conferencia “El socialismo de cátedra”.

Al abordar el tema, Gabriel Rodríguez aclara de inmediato su beligerancia: “Por mis inclinaciones y mis estudios, por los antecedentes y compromisos de mi vida toda, yo no puedo ser un juez enteramente desapasionado entre la escuela economista liberal y la de los socialistas de cátedra [...] Perte-

nezco a la primera; sus doctrinas fundamentales tienen en mi razón un arraigo profundo, debido al estudio y la experiencia”.

La contestación va a llegar pronto, y va a corresponder a otro institucionalista, ese krausista que era el profesor Buylla. La dio en el *Discurso leído en el solemne acto de apertura del curso académico de 1879 a 1880 en la Universidad Literaria de Oviedo*. Casi tendría que añadir que la dio, pero no precisamente lúcida. Adolfo Álvarez Buylla conocía la cuestión de forma libresca, pero muy limitada. No es que Gabriel Rodríguez —refugiado en la simple traducción de un texto de Dameth, publicado en el *Journal des Économistes* en noviembre de 1877— vaya mucho más allá en documentación, pero sí acaba siendo más riguroso en la exposición, porque la verifica desde un lado que conocía Rodríguez aceptablemente, el de los grandes clásicos. En cambio, al hablar de históricos y socialista de cátedra, Buylla ha de reducirse a un —quizá meritorio, pero ciertamente poco exhaustivo— examen de textos de apoyo. Como resultado, existen huecos a veces colosales. Por ejemplo, la entidad básica del socialismo de cátedra es, como bien sabemos, la *Verein für Sozialpolitik*, que se fundó en 1872. Pues bien, no existe en el *Discurso* ni una referencia a esta asociación científica. Eso va a perdurar, porque al revisar la bibliografía de Buylla queda claro que nunca se interesó especialmente, por ejemplo, en la consulta de los famosos *Schriften* de la mencionada Unión para la Política Social.

La lectura del *Discurso* de Buylla nos aclara hasta qué punto él fue más un historicista-socialista de cátedra cordial que cerebral, porque, para empezar, no es precisamente clara su postura en relación con la batalla del método. Por supuesto, exhibe un amplio conjunto de maestros que señala como opuestos a la ortodoxia de los clásicos: Engels, Wagner, Schmoller —a la sazón, profesor en Estrasburgo—, Nasse, Scheel, Roesler, Cohn, Roscher, Contzen, Hildebrandt, Knies, Lujo Brentano, Von Sybel, Von der Coltz; pero la relación creo que es de segunda mano y muy superficial; porque al lado de los autores citados, se presenta a Rudolph von Gneist. La extrañeza tiene que hacerse bien visible si recordamos que la anglofilia y el profundo liberalismo de Gneist no hacen posible incluirlo en esta compañía, y no creo que por tratarse, además, de un buen experto en derecho público tenga Buylla que llevarlo al mencionado encasillamiento. No es éste el único desenfoque de Buylla, ni mucho menos. El incluir en este conjunto de seguidores de la Nueva Escuela de Economía Política a Cairnes, el autor de *Character and Logic Method of Political Economy*, o poner bajo el mismo pie al *Jahrbuch* de Lujo Brentano y al *Giornale degli Economisti* ratifican que existe una notable inseguridad doctrinal.

Quizá por esos problemas básicos, lo que expone el profesor de Oviedo no es nada claro ni muchísimo menos.

Por eso Buylla, muy probablemente, decide no secundar la cerrada filosofía inductivista de lo más florido de los socialistas de cátedra alemanes,

De paso, al plantear las cosas dentro de la pugna Giner-Azcárate, acierta a darnos una visión muy interesante de uno de los aspectos de una de las polémicas internas de los krausistas españoles sobre la que se guardó siempre un curioso silencio.

Quizá empujado por ello, Álvarez Buylla culmina el discurso citado con una especie de pirueta antihistoricista que quita unidad conceptual al documento, al enunciar los que podría haber llamado los siete errores del socialismo de cátedra alemán, con “los cuales no podemos ni queremos hacernos solidarios”, a saber: 1) la negación de las leyes naturales de la economía; 2) el extremado particularismo de sus doctrinas; 3) el predominio exclusivo del método inductivo; 4) la dirección omnímoda y la intervención, poco menos que absoluta, del Estado en el proceso económico; 5) la suprema regencia del elemento ético en la economía; 6) el proteccionismo como norma de las relaciones comerciales entre las naciones, y 7) la progresividad impositiva”. Claro que si quitamos del esquema estos “siete errores”, ¿qué queda del socialismo de cátedra?

Esta vinculación con el socialismo de cátedra, lo que entusiasmaba, por cierto, a Galcerán, tuvo consecuencias económicas muy importantes al vincularse, repito, con el modelo castizo, que se potenció sobre todo por Buylla con su traslado a Madrid, donde pasó a actuar junto a Posada y Azcárate con los que constituyó el conjunto clave del Instituto de Reformas Sociales. Para que se comprenda esa vinculación, basta los nombres de quienes actuaban ahí simultáneamente, logrando reformas sociales, junto a medidas proteccionistas, inicios de corporativismo, admisión de avances e intervencionismo estatal en el mercado, entre los que se destacan simultáneamente el General Marvá, el Vizconde Eza, Eduardo Sanz y Escartín, Bernardo de Quirós, López Núñez, y otros más, sin los que no se puede explicar el inicio de una política social española cada vez más importante, incrustada en ese modelo castizo que había iniciado Cánovas del Castillo. El papel de Buylla, con Posada, fue importante, porque como se señala en el artículo de Dolores Borrelle Merlín y Alejandro López López, “Gobierno y relaciones laborales. El Instituto de Reformas Sociales”, en la revista *Sociedad y Utopía* junio 2010, p. 20, la garantía de que este Instituto de Reformas Sociales no fuese una Dirección General política y simplemente burocrática fue “imprescindible contar con la complicidad personal de los profesores vinculados a la Institución Libre de Enseñanza y a la Universidad de Oviedo de donde Buylla y Posada....habían sido catedráticos”. Datos complementarios he encontrado en la correspondencia de Olariaga, primero con su novia y después con su esposa, cuando ella residía en Vitoria y Olariaga buscaba algún acomodo en Madrid.

Lo más curioso es que en Buylla, a pesar del párrafo de Giner, y a pesar de los citados siete errores, existe un fervoroso partidario del carácter

ético e intervencionista de la acción del Estado. Tanto, que le hubiera encantado ser, a la manera que lo fue Wagner del Reich, “la conciencia social de la Restauración”. O, al menos, no le hubiera importado ser el Sydney Webb español, aunque entonces ninguna mujer aspiraba a ser la guapa Beatriz Webb. Aunque jugando un poco a lo contrafactual e imaginativo, ¿que hubiera sucedido en Vetusta —y más allá de Vetusta— si Anita Ozores hubiera calado en las preocupaciones del movimiento de Oviedo y se hubiese convertido en nuestra Beatriz Webb? Averiguar algo de esto lo intentó Ramón Tamames.